

Pastores, tejedoras y mariposas: pensando las relaciones desde el afecto

Shepherds, weavers and butterflies: thinking about relationships through affection

Luciana Fernández*
luferanqui@gmail.com

A lxs vecinxs de Santa Gertrudis y Potrero De los Córdoba, con afecto y admiración.

Enviado para su publicación: 29/04/22

Aceptado para su publicación: 05/07/22

Resumen

Este artículo, a modo de etnografía, se acerca a lxs habitantes de la Sierra de Ancasti, provincia de Catamarca, e intenta resaltar cómo algunas costumbres tradicionales y ancestrales se mantienen vigentes, y se entrelazan en el día a día. Las tejedoras de coyoyo o seda silvestre mantienen viva una práctica que, como parte una tarea familiar, requiere de una coordinación de esfuerzos, así como también lo es la crianza de animales. Ambas tareas dan cuenta de la fuerte relación de afectividad y vincularidad en la que se ven implicadxs lxs humanxs, lxs animales y el monte. Conocimientos locales, aprendizajes, vivencias, historias y tiempos pasados que son también presentes van apareciendo, entretejidos como la seda.

* Licenciada en Antropología Social y Cultural, Escuela de Arqueología-Universidad Nacional de Catamarca (Eda-UNCA).

Palabras clave

seda silvestre, afectividad, relaciones, crianza, prácticas ancestrales

Abstract

This article, by way of ethnography, approaches the inhabitants of the Sierra de Ancasti, province of Catamarca, and tries to highlight how some traditional and ancestral customs are kept alive, and intertwined in day-to-day life. The coyoyo or wild silk weavers keep alive a practice that, as part of a family task, requires a coordination of efforts, as well as the raising of animals. Both tasks show the strong relationship of affectivity and linkage in which humans, animals and the forest are involved. Local knowledge, learning, experiences, stories and past times that are also present appear, interwoven like silk.

Key words

wild silk, affectivity, relationships, breeding, ancestral practices



Imagen 1: Capullo de Coyoyo. Fotografía de M. Serafino.

Introducción

Comencé a interesarme en los tejidos producidos localmente con seda silvestre o autóctona, a partir de unas notas que escribí para un fanzine que realizamos con Paula Fígoli, artista plástica y poeta, entre los años 2012 y 2016. Ambas somos vecinas y residimos en la Sierra de Ancasti, provincia de Catamarca, hace muchos años. En aquél tiempo pensamos en generar una lectura para todo público y repartirla en forma gratuita. Así surgió “Ancasti Silvestre”, un material impreso que intentó comunicar y reflexionar sobre alimentación, salud, historia, o mejor dicho, las diferentes historias que nos constituyen, y abordar problemáticas ambientales locales, entendiendo al ambiente como una totalidad de la que formamos parte. Además de publicar nuestros poemas, breves ensayos y dibujos, tuvimos la posibilidad de visibilizar hechos o situaciones, para pensarnos como comunidad, señalando distintos problemas y posibles soluciones.

Queriendo escribir sobre las tejedoras de coyoyo, como las llaman en Ancasti, en el año 2015 conocí a Juana. Ella, cocinera de la escuela, madre de muchos hijos, es tejedora de peleros, gruesos tejidos que forman parte del apero de los caballos, y también sabe hilar seda silvestre. Vive en Bella Vista, departamento El Alto, en el límite con el departamento Ancasti, ambos ubicados en la sierra.

Tuvimos una larga charla y, del encuentro, surgió una primera nota. Luego vino la segunda, contando la historia de Paula Romero. Así fue que empecé a relacionarme con las tejedoras de seda y a investigar sobre el tema.

Cabe agregar, como dice la antropóloga argentina Rosana Guber, que el trabajo etnográfico a partir del cual se fue construyendo este relato, es una manera de acercarnos para “detectar el sentido de prácticas y nociones en el seno del haz de relaciones que los sujetos presentan en el contexto de la vida cotidiana” (Guber, 2004: 37). Por eso, rescatamos de la etnografía clásica la importancia de la experiencia directa, que “...el lector pueda estimar con precisión, de un vistazo, el nivel de trato personal que el autor tiene con los hechos que describe y hacerse una idea de en qué condiciones obtuvo la información...” (Malinowsky, 1986: 21), así lo detalla Malinowsky sentando bases metodológicas para describir a los argonautas del Pacífico. Con todo lo que unx es, como investigadorx, vecinx, persona que tiene una diversidad de maneras de identificarse y sin embargo a partir del ejercicio de la observación puede registrar y registrarse en la relación, en la experiencia, desde el diálogo y también desde los silencios compartidos.

Mariposas y tejedoras

El hilo de seda silvestre se elabora a partir de los capullos de un gusano que empupa en árboles y arbustos del bosque nativo de la Sierra de Ancasti, hasta transformarse en mariposa. Este insecto conocido localmente como “coyoyo”, del orden de los lepidópteros, familia *Saturniidae*, género *Rothschildia*, forma una cápsula que queda colgada de las plantas, hasta que escapa de ella volando, luego de su metamorfosis (Jurado y Zapata, 2018). No debe ser confundido con la cigarra, conocida popularmente con el mismo nombre en el resto de Catamarca. El color de la seda varía según las plantas parasitadas por la oruga, desde el marrón oscuro al beige.



Imagen 2: Capullos recolectados, en lo de Paula Romero

Resulta importante advertir que el insecto que produce la seda natural, abundante en distintas regiones de la provincia, se ve gravemente afectado por la fumigación de los campos y el desmonte. Es por eso que ha mermado notablemente en las zonas bajas (Kriscautzky y Gómez, 1984).



Imagen 4: Paula Romero con el Señor de la Salud



Imagen 3: Telar de Paula

En el año 2016 conocí a Paula Romero. Había escuchado hablar mucho sobre ella, sabía que era reconocida en Ancasti por los delicados tejidos de seda natural que confeccionaba. Guardo de ese primer encuentro más imágenes que palabras: ella parada junto al telar de palos, la larga urdimbre en el telar, los capullos del gusano de seda colgando como guirnaldas a un costado de la casa, Paula y yo sentadas junto al brasero tomando café, el huso con el finísimo hilo de seda, las mariposas de colores bordadas en una manta, el jardín lleno de plantas. Hice demasiadas preguntas. Quise saber cómo había aprendido a hilar y tejer con coyoyo, y fue inquietante la respuesta de Paula. Ella remarcaba que

nadie le había enseñado, simplemente había aprendido mirando a las mujeres tejedoras.

Paula Romero tenía 80 años entonces, y en la actualidad continúa viviendo en Santa Gertrudis, un paraje del departamento Ancasti. Cuando era niña quedó a cargo de Salomé Quiroga, hermana de su marido, una mujer muy especial que era respetada por todos. Salomé curaba, atendía partos, criaba "hijos del corazón", y tejía con seda natural. Todavía hoy los vecinos le encargan a la difunta Salomé curar o encontrar animales perdidos. Paula, sin embargo, se resistía a hablar de ella, negaba los supuestos dones o poderes que poseía y cambiaba de tema. Se manifestó devota de Jesucristo y la Virgen y, como prueba de su fe, construyó una pequeña capilla frente a su casa, unos años atrás, cumpliendo una promesa, que no le hizo a la Virgen, sino al Señor de la Salud. Ella guarda una figura de este Cristo, que pertenecía a la familia de su marido. Lo guardaba muy cerca, junto a la cama. Recuerda que cuando enfermó gravemente uno de sus hijos, le pidió al Señor de la Salud que lo curara. Por supuesto, el Señor cumplió y ella construyó una capilla para él en señal de gratitud y devoción. Pero parece que el santo no quiso mudarse a la capilla, pues cada vez que intentó llevarlo por algún motivo tropezó y ambos cayeron. Entonces, finalmente, desistió y terminó dejándolo en su habitación y, en la capilla, colocó a la Virgen del Valle. Mucho después comprendí las respuestas y los silencios de Paula, cuando me fueron llegando comentarios sobre Salomé y su vinculación con la brujería.

Por otra parte, Paula transmitió una idea muy interesante sobre el aprendizaje, entendiéndolo como un proceso personal de observación y reflexión. Podríamos pensar que, en oposición a esta manera de internalizar los conocimientos y las prácticas, estaría la enseñanza como un intento por parte del educador de inculcar algún tipo de contenido y/o destreza específica. En su recuerdo las tejedoras mayores aparecen como indiferentes al proceso de ella, como niña que aprendía. Sin embargo, presiento que lo que sucedía era

diferente, ya que las tejedoras contagiaban con su labor a las más pequeñas, sin hablar ni explicar, desde un lenguaje de gestos y movimientos.

Las pequeñas aprendían a hilar observando, pero primero aprendían a tejer en el telar. Esto nos comentaba Josefa Quiroga, otra tejedora de coyoyo, vecina de Paula, también criada por Salomé. La conocí en otro de mis viajes a Santa Gertrudis, a fines del 2016, acompañando al arqueólogo Carlos Nazar, cuando era estudiante y realizaba mis prácticas de campo. Nos contó muchas cosas cuando fuimos a verla. Explicó cómo ablandaba los capullos en lejía y calculó qué cantidad le ponía al tarrito de lata que calentaba en el fogón, ayudada por su nieta. La niña, llamada Florencia, estaba aprendiendo a tejer. Su madre, Elvira Bulacio, nuera de Josefa, nos sorprendió con su destreza para hilar la seda natural haciendo hilos muy delgados, como los de coser. Elvira hila y teje, y lo hace maravillosamente. Aunque las técnicas se mantienen, las lógicas de producción y consumo van cambiando, ya que no solo se teje para el uso cotidiano sino también (o sobre todo) para ofrecer las prendas en el reducido mercado turístico, especialmente los tejidos elaborados con seda silvestre. Antes, cuenta el vecinix Patricio Funes, siempre andaban de a caballo con una manta de coyoyo doblada en el apero. En la actualidad en cambio, las prendas de coyoyo son elaboradas para su exposición y venta. Muchas veces son lxs compradorxs quienes se acercan a las casas de las tejedoras, pero otras veces son ellas quienes salen con sus tejidos a participar de alguna feria, especialmente Elvira, que por su edad está en condiciones de aceptar las invitaciones. En estos casos, los viajes implican conocer otros lugares, otras personas, y sobre todo ser valorada por su habilidad y destreza como tejedora de seda. La venta de sus tejidos no representa la base del sustento familiar, sino que es parte de una economía diversificada, que se complementa con la cría de animales y el sueldo de su compañero que es empleado estatal.

A través del tiempo las tejedoras de coyoyo continúan contagiándose de la belleza de la seda, aprendiendo el arte de hilar y tejer compartiendo el día a

día. Barrer el patio, hacer el pan a las brasas, tejer en el telar, regar las flores del jardín, aprender a cuidar y crear para que sea posible la vida.



Imagen 6: Josefa Quiroga mostrando la preparación de capullos



Imagen 5: Pan hecho a las brasas

Josefa tenía entonces setenta años. A diferencia de Paula, recordaba con mucho amor y gratitud a Salomé, y también a todas las hermanas Quiroga. Cuenta que las mayores compartían el oficio, y eran reconocidas por la calidad de sus tejidos. Decía Josefa que las niñas se dedicaban a tejer en el telar, y las mujeres a hilar. Esta tarea requiere especial destreza y determina la calidad del tejido. Afirmaba que los tejidos estaban hechos con hilo muy fino, convirtiéndose en telas suaves y livianas. Además de ella, otros vecinos de la zona, como Patricio Funes, recuerdan cómo sus madres hilaban coyoyo. Comentaban que las madres hilaban, los padres tejían y los niños recolectaban

capullos. El aprendizaje se realizaba desde las experiencias de lo cotidiano. Josefa nos habla del aprendizaje como esa forma de ir entendiendo, de poder hacer y ser uno más en la comunidad. Aprender como sinónimo de crecer. Mientras aprendemos crecemos, y el conocimiento pasa a ser una experiencia vital que se nutre de las relaciones interpersonales. Podemos contrastar estas formas de enseñanza-aprendizaje con lo que sucede en las instituciones educativas ya que, según el pensador, teólogo y filósofo mexicano de origen austríaco, Ivan Illich¹, las escuelas han convertido al conocimiento en la llave para obtener prestigio, privilegios y poder, y la educación, cargada de valores abstractos, ha pasado a ser productora de títulos cotizables en el mercado (Illich, 1977). Según Illich, la educación pedagógica sostenida institucionalmente por la escuela tradicional se ha convertido en una mercancía carente de valores éticos.

Volviendo a las tejedoras y a su labor, que implica mucho más que tejer, podemos citar a la antropóloga anglo boliviana Denise Arnold, quien siguiendo a la artista plástica, tejedora y narradora Elvira Espejo, nos explica cómo las tejedoras andinas vinculan su trabajo con la idea de "hacer persona". El "llenar el espacio del telar es hacer persona, como es también el llenar la casa con bienes, el llenar la chacra con productos agrícolas, o el llenar los corrales con animales, paulatinamente, después de casarse" (Arnold, 2007: 60). En Qaqachaca, al sur de Oruro (Bolivia):

La noción de llegar a ser persona (jaqichasiña) también acompaña las etapas del ciclo vital, según el género. Las jóvenes llegan a expresarse en el textil en la adolescencia. Cuando aparece por primera vez su sangre menstrual, ellas aprenden a exteriorizarla en la estética textil mediante la parte figurativa de su aguayo, infundido con rojo. De modo similar, los

¹ Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Iván Illich». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/i/illich.htm>

varones exteriorizan la expresión de su fuerza física varonil en los trenzados (Arnold, 2007: 61).



Imagen 7: Elvira Bulacio y su hija Florencia

En un viaje posterior, fuimos hasta Potrero de los Córdoba a ver un poncho de coyoyo hecho hace más de cincuenta años. Por lo que pude escuchar, estas mantas tenían múltiples usos. Los recuerdos hablan de una prenda especial, para lucir en las visitas a la Villa. Pero también podía ser llevada en el caballo para eventuales necesidades, por ser un tejido abrigado e impermeable. El viejo tejido era conservado por Helena Bulacio, una de las hijas del que fuera su dueño, hermana de Elvira. Lo había hecho la tía de ambas, hermana de su padre, Ignacia Bulacio, tejedora de coyoyo y ollera. Fue la última ollera de Ancasti o, por lo menos, así cuenta la gente. Lxs que la conocieron la recuerdan preparando la arcilla en el patio para hacer vasijas. Algunas eran para cocinar, otras para mantener fresca el agua. Esta mujer terminó sus días lejos de Ancasti, pero perdura su presencia a través del recuerdo, y de la tela de seda que guarda su familia. Es la tela con más antigüedad que hemos observado hasta el momento, ya que por el testimonio de lxs vecinxs unos años atrás llegaron comerciantes desde Córdoba para comprar cosas antiguas.

Seguramente pudieron conseguir varios tejidos, muebles y objetos, que se llevaron lejos de la sierra.

Las tejedoras, las mujeres de Ancasti que aprendían a hilar y tejer la seda, la lana de oveja, a hacer arropo, a criar hijos propios y ajenos, a preparar té con yuyos que curan, viajan en el tiempo para estar hoy presentes, en forma de recuerdos, como parte de la memoria colectiva. Acompañan a las mujeres que desde las casas tejen la urdimbre de tareas necesarias para que la vida continúe. Porque como aclara el antropólogo cordobés Francisco Pazzarelli, reseñando la obra de Arnold y Espejo, “cada tejido no es sino una articulación de relaciones que para nada se reducen a la fibra o al telar” (2013: 2).

Paula recuerda cuando sembraban el trigo, y lo trillaban con caballos. Cuando molían el maíz en el mortero de quebracho para preparar el locro o la mazamorra. También cuenta cómo ayudó a su madre y sus hermanos discapacitados, tejiendo para poder mantenerlos. Después, durante la crianza de sus hijos, siguió tejiendo para que no faltara nada y no estar en deuda con nadie. Además de tejedora fue partera, oficio que realizó durante muchos años, aunque por sus servicios no pedía nada a cambio. Al igual que Salomé, Paula era buscada desde distintos lugares para ayudar a las mujeres a parir. Ella dice que su trabajo dejó de ser necesario desde que se estableció un médico en el Hospital de Ancasti. En este punto me permití contradecirla, advirtiéndole que la importancia y la necesidad de contar con parteras experimentadas continúan vigente. Por otra parte las mujeres no pueden parir en el hospital de Ancasti y deben concurrir al hospital de la ciudad de Catamarca, por no tener la institución local una sala de partos habilitada ni médicos especialistas. Esto puede resultar complicado ya que el viaje a la ciudad es largo y hay cambios bruscos de altura, al descender por la cuesta del Portezuelo hasta el valle central. Algunas mujeres son trasladadas durante el trabajo de parto, y se han producido nacimientos en el camino, dentro de las ambulancias, con el riesgo que esto implica. Cotidianamente, se van quebrando vínculos a causa de la

institucionalización y la medicalización del parto y de otras instancias de la vida-muerte. Los partos quedan en manos de especialistas, y otras lógicas gobernarán los cuerpos (Fernández, 2022).



Imagen 8: Mariposa bordada por Paula



Imagen 9: Mortero de algarrobo

Martina Cuello es otra tejedora de Ancasti, tenía 64 años cuando la visitamos en su casa de Potrero De los Córdoba. Recuerda como si fuera hoy a su padre, cuidando el naranjo que plantó en el patio de la casa. Hila y teje con lana de oveja, hace peleros para el apero de los caballos que le encargan lxs vecinxs y a veces mantas abrigadas de muchos colores. Martina habla de Ignacia Bulacio, la ollera y tejedora, porque fue quien la crió. Vive sola con uno de sus hijos, pero su casa está llena de presencias. Especialmente el naranjo, guardián del patio, rodeado de plantas y flores. La cocina negra de hollín, con el fogón lleno de brasas donde se cocina el pan. La mesa en la galería, donde prepara el mate

con poleo. Los recuerdos hacen llorar a Martina porque extraña a lxs que se fueron. La presencia de nuestros muertos se manifiesta a través de nosotrxs. Hoy estamos porque antes estuvieron ellxs.

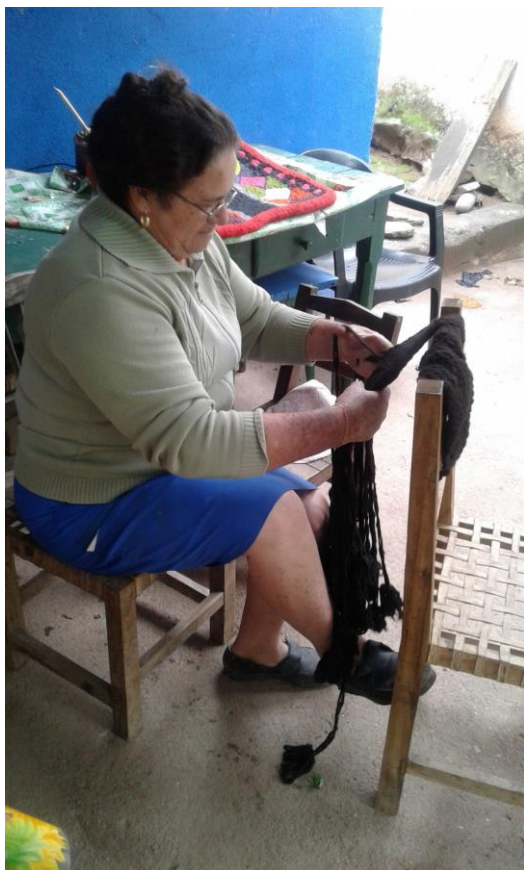


Imagen 10: Martina Cuello tejiendo



*Imagen 11: Peleros de Martina.
Fotografía de Carlos Nazar.*



Imagen 12: Hilo de seda hecho por Elvira Bulacio

El presente es el mayor testimonio de que el pasado existió. Aprendemos de lo que pasó, de lo que pasa, de lo que nos rodea. La vida comprende la totalidad de los tiempos, con sus diferentes espacios y formas, y el aprendizaje es como un hilo que teje y une las experiencias de las distintas generaciones, formando el tejido que es la comunidad, donde queda incluida la historia de cada ser, lo personal conformando lo social. Pero es un tejido especial, sin bordes. El principio y el final se unen formando una continuidad.

Mates con Juan

Después de mucho esperar, logré volver a Potrero a principios de marzo del 2020. No es nada fácil, porque el camino está atravesado por varios arroyos que hacen complicado el acceso a los autos, aunque las camionetas y las motos corren mejor suerte. Finalmente, llegué a Santa Gertrudis y a Potrero De los Córdoba, con los técnicos de Agricultura Familiar que trabajan en la zona. En camioneta, claro. Ellos estaban resolviendo algunas cuestiones en relación a un proyecto para las tejedoras de coyoyo, que viven en ambos parajes. El proyecto fue elaborado de manera participativa junto al grupo de tejedoras de seda, y presentado con la finalidad de lograr la construcción de un vivero y galpones de

producción. Las artesanas de seda nativa venían constatando una disminución de capullos en el monte, lo que dificultaba la recolección de la materia prima. La propuesta técnica fue lograr, a través del proyecto, que las artesanas produzcan seda de bombix mori y confeccionen las prendas utilizando las dos sedas (bombix mori y seda nativa), y así disminuir la presión de recolección de los capullos de seda nativa (*Rothschildia* sp.).

Primero paramos en la casa de Elvira Bulacio, en Santa Gertrudis. La televisión estaba prendida mostrando una transmisión en vivo desde Italia, donde la periodista hablaba del coronavirus o Covid 19. Advertía sobre el peligro de la enfermedad que se estaba convirtiendo en pandemia, y que podría provocar una verdadera catástrofe global².

Nos sentamos en la cocina. Ellos miraban papeles, yo admiraba los bellos ovillos de hilo de seda que hace Elvira que estaban sobre la mesa y, a la vez, me atraía el noticiero, que en general me disgusta bastante, por lo impactante de las noticias. Después nos fuimos hasta la casa de Josefa Quiroga, ahí nomás. Se complicaba un poco el diálogo porque Josefa tiene dificultades para escuchar. Aunque posee celular y se maneja por WhatsApp, hay poca señal en la zona y por eso, explicaba, no pudo descargar el archivo que le mandaron los técnicos, donde se detallan las diferentes cuestiones del proyecto. Nos cuenta que tampoco puede salir a otros lugares en busca de señal, ni a ningún lado para casi ninguna cosa porque tiene que regar el jardín. Nosotrxs desde allí donde estábamos, parados junto al alambrado, podíamos verlo perfectamente. Los colores fuertes de las flores contrastaban con el verde de fondo, general en todo el paisaje circundante.

Seguimos un poco más hasta la casa de Antonio Barrera, que nos mostró unos hermosos sombreros de cuero hechos por él. Nos sorprendimos todxs porque eran realmente estupendos. Mario Bazán, uno de los técnicos, terminó

² Byung Chul Han advertía entonces lo que después fue instalándose globalmente como una nueva normalidad en su nota: "La emergencia viral y el mundo del mañana". Publicado en El País el 22 de marzo del 2020.

encargando uno. También eran muy llamativos los llaveros, réplicas en miniatura de los sombreros. Lili, su compañera, aclaró que los hacía ella. Lxs felicitamos por sus excelentes trabajos y seguimos viaje. Cada vez más entusiasmadx estábamos con Mario, pensando cuánto potencial existía en la zona para desarrollar un emprendimiento de turismo comunitario. Hacía tiempo que veníamos dialogando sobre agroecología y turismo rural comunitario (Chiriboga y Méndez, 2017), pensando en la diversificación de actividades como una posibilidad para mejorar la calidad de vida de las comunidades locales, brindando una alternativa vivencial para lxs turistas, sumando también la venta de artesanías y productos de la sierra, elaborados a partir de prácticas agroecológicas, como harinas y cafés, dulces y arropes, quesillos y panes, o comidas caseras. Aclaro que estos diálogos en general quedaban reducidos a un pequeño grupo de vecinx y amigxs, pero no lograban generar repercusión entre lxs pobladores de Ancasti.

Continuamos el viaje, y a los pocos kilómetros llegamos a Potrero. Ya habíamos arreglado que me dejaban en lo de Juan Moreira. Ellos iban hasta lo de Encarnación Rodríguez. Más tarde nos veíamos, o bien yo llegaba hasta lo de Encarnación o ellos pasaban cuando terminaban con todo. Juan llegó a recibirnos y nos quedamos hablando un rato todxs, paradxs frente a la tranquera. Surgió el tema de lxs animalxs: le preguntaron cómo le iba y le ofrecieron la posibilidad de conseguirle algunas cabras para aumentar su majada. Pero él rechazó la oferta porque planteó que no estaba pudiendo cuidar lo suficiente las que ya tenía. Explicó que estaban sufriendo daño, del puma o de los perros, y la cantidad de animales había mermado muchísimo este último tiempo. Hoy tenía cerca de cincuenta cabras, cuando antes eran como doscientas. Pensaba que quizás ya estaba un poco grande para aquellas tareas, porque se cansaba bastante recorriendo el monte y lomeando en busca de la majada. Si tuviera la oportunidad de ampliar los corrales, o de conseguir

alimento para darles podría llegar a considerar la oferta. Pero en la situación en la que estaba no podría cuidar a las cabras como ellas necesitan.

Le recordé el tema de las latas que estábamos juntando con el grupo de recicladores de Anquincila, y él trajo unas cuantas bolsas llenas. Ya lo habíamos hablado en la peña de este verano, cuando nos encontramos. Yo andaba juntando latas y él había participado al comienzo del espectáculo tocando la guitarra y cantando canciones junto a sus sobrinxs, dos niñxs encantadores. Cargamos la camioneta con las bolsas de latas y los técnicos se fueron. Me quedé en lo de Juan, que me invitó a pasar y a sentarme en la galería. Enseguida Olga, la compañera de Juan y hermana de Vivi, madre de lxs niñxs, trajo mate y pan casero. Había otro vecino que también se sentó con nosotrxs. Conversamos un rato largo, tanto que al final llegaron a buscarme, y no alcancé a pasar por lo de Encarnación para saludarla. El tiempo pasó volando porque conversar con Juan es así. Y siempre me deja pensando, me sorprende. Pero para entender la sorpresa es necesario explicar muchas cosas. Por empezar cómo lo conocí a Juan.

Fue en el 2016. Paramos, como siempre que íbamos a hacer trabajos de campo con Carlos Nazar y lxs estudiantes de la Escuela de Arqueología (EdA-UNCA), en la escuela primaria que se encuentra en Potrero De los Córdoba, y desde allí hicimos varias excursiones durante los días que estuvimos. La más significativa fue bajo la guía de Juan. Llegamos al amanecer a la tranquera de su casa. Desde ahí comenzamos un camino a pie que nos llevó todo el día. Por las lomas, el bosque, las cañadas, hasta llegar al puesto en el que vivieron los abuelos de Juan, junto al río de la Madera, donde él nació y fue criado. Tenía 46 años entonces. Ese día tan especial, nos impregnamos de monte. Conocimos como vivía en Ancasti, hace cincuenta años, una familia campesina (Contreras, 2015), aunque resulte algo incómodo definir como campesinado a las unidades familiares que poseían una economía de subsistencia autosuficiente y diversificada.



Imagen 13: Excursión con Juan Moreira y Carlos Nazar

Teníamos un objetivo primordial: trazar un sendero turístico para que los vecinxs pudieran ofrecer como excursión para lxs visitantes. Sería una propuesta más, para sumar a diferentes paseos y actividades recreativas que podrían realizarse en la zona, además del especial interés que representaba conocer el sitio de arte rupestre conocido como La Tunita. La idea del sendero turístico surgió de Carlos Nazar, y lxs estudiantes que lo acompañábamos en el marco de nuestras prácticas profesionales nos sumamos a colaborar con el proyecto.

Vale aclarar que a los parajes de Santa Gertrudis y Potrero De los Córdoba se accede por el mismo camino que va hacia el Parque Arqueológico La Tunita. Desde el punto de vista arqueológico y patrimonial, la importancia de La Tunita se debe a la gran concentración de aleros con arte rupestre. Las pinturas que allí se encuentran se destacan por su tamaño e impactantes diseños (Nazar et al, 2014). Los investigadores coinciden en relacionar a La Tunita con La Aguada, un período datado entre el 600 y 900 DC, momento de singular desarrollo en el plano artístico y tecnológico (Nazar, 2003). Sobresalen las representaciones del felino y también la figura del chamán, interpretado muchas veces como guerrero o sacrificador por los arqueólogos (De la Fuente, 1979). Las cuevas

con las pinturas más destacadas están a ocho kilómetros aproximadamente de la entrada de acceso al Parque, ubicada a unos cien metros de la Escuela de Potrero De los Córdoba.

Además, cabe señalar que este trabajo toca muy de lejos el tema patrimonial, que es desde ya importante como tema en sí, especialmente al referirnos a la vinculación comunitaria con el Parque Arqueológico La Tunita, pero abre todo otro mundo de discusiones y situaciones que no son parte de este texto. Aquí, el foco está puesto en describir otras maneras de ser, habitar, sentir y relacionarse con el monte, es decir, de territorialidades específicas. Hablamos del territorio vivido (Barabás, 2008), impregnado de experiencias y sentires de lxs antiguxs habitantes, que a la vez es territorio vivo, con agencia e incidencia, siendo parte constitutiva del habitar. Esta investigación se desarrolla a partir de la conversación con lxs protagonistas de prácticas ancestrales y tradicionales, que entran en contradicción con las visiones hegemónicas de lo que puede entenderse por economía y desarrollo, salud y educación, y por qué no sobre el conocimiento, ya que estamos atravesadxs por la violencia epistémica que jerarquiza los saberes (Haber, 2015). En cambio, los saberes relegados son puestos como protagonistas, pensando que descolonizarnos implica contrastar la mirada única y universal con el pluriverso que nos rodea (Escobar, 2016).

Desde hace tiempo venía recordando ese día, la caminata, la idea del sendero turístico, la excursión al río de la Madera, y me imaginaba nuevamente aquello: la coordinación local de una serie de propuestas para lxs visitantes, venta de comida, artesanías, paseos, alojamiento y todo lo necesario para aprovechar económicamente la puesta en valor y creciente promoción del sitio de arte rupestre. La idea central propuesta por Nazar apuntaba a que lxs habitantes obtuvieran beneficios de la patrimonialización del Parque (Nazar et al, 2013), ya que este se encuentra en sus territorios, teniendo en cuenta además que en muchas ocasiones estos procesos son acaparados por empresas turísticas foráneas, y la gente del lugar termina como espectadora de algo que sucede

por fuera, que pasa por el camino pero nunca llega a ellxs. Incluso la posesión de la tierra comienza a ser un problema para lxs habitantes de los lugares que se convierten en sitios de interés turístico. En este sentido es fundamental poner en la balanza los costos sociales y ambientales frente al progreso económico derivado de la expansión de la economía turístico-inmobiliaria (González y Mantecón, 2014).

Entonces llegué a lo de Juan, entusiasmada porque los técnicos de agricultura familiar también podrían colaborar para materializar la propuesta de turismo rural comunitario en la zona. Pero, a medida que avanzaba la charla y le contaba mis ideas, que al fin y al cabo, no eran más, Juan comenzó a expresar sus reparos. En principio sugirió que era muy difícil organizarse entre lxs vecinxs, llegar a acuerdos que resultaran convenientes para todxs. Dijo que estaba cansado de colaborar en proyectos que después terminaban en una desilusión, ya que no se compartían los mismos objetivos ni parámetros morales. Dio a entender que lxs que terminaban echando todo a perder son lxs que pensaban solamente en el beneficio personal, y no en el bien de la comunidad.

Después estuvo un buen rato contándome un episodio sucedido recientemente. Un grupo de jóvenes llegados desde Icaño para visitar las cuevas con pinturas se había perdido. Creo que el grupo andaba a pie y, además de perderse, no tenían agua suficiente. Así, perdidos y muertxs de sed, pasaron por delante de la tranquera de Juan. Entonces se animaron a llamar y pedirle algo para tomar. El caso es que Juan los invitó a pasar, les dio de beber, de comer y los alojó hasta que recuperaron fuerzas. Me parece que se terminaron quedando un par de días. Juan me explicaba que se siente con el deber de atender a quien lo necesita, brindarle hospitalidad al caminante y al viajero ya que él mismo algún día lo fue, y pueden llegar a ser sus sobrinos quienes algún día precisen una mano. Cabe aclarar que lxs niñxs le dicen papi y

viven con él, su compañera y la hermana de ella, quien es la mamá de lxs pequeñxs.

Con una habilidad asombrosa respondió. Sin decirlo explícitamente me dio a entender que mi propuesta era inviable, porque a él le resultaba imposible comportarse como un comerciante de servicios para el turista. Para él los turistas eran personas a quienes debía auxiliar, y no posibles clientes a quienes había que venderles algo. Estábamos manejando dos lógicas diferentes.

La mirada de Juan expresaba sinceridad, transmitía afecto. Nuestra relación de aprecio mutuo había surgido en el contexto de un proyecto académico para mí, pero para él no mediaban esas cuestiones. Como fue desde el primer día, nos acompañó en esa larguísima caminata que nos llevó toda una jornada porque apreciaba a Carlos Nazar, y comprendió la importancia que tenía para el arqueólogo y profesor aquella experiencia. También a mí me recibió con aprecio cuando, como parte de la Asamblea de Ancasti por la Vida, llegué hasta su casa en el 2017 para hablar del peligro que implicaban los proyectos de megaminería en Santa Gertrudis, después que la empresa Recursos Latinos llevó adelante una exploración de subsuelo para la extracción de litio en pegmatita. Me escuchó con atención y se mostró muy preocupado.

A pesar de que Juan se fue muy joven de la Sierra, terminó volviendo a Potrero De los Córdoba, a la vida en el monte, para ser pastor y criador de animales, albañil, peón, y un poco de todo. Guitarrero también, aunque ya no toca con su grupo de chamamé pero acompaña a sus sobrinxs que cantan como jilgueros.

Tomando mate con Juan me di cuenta de muchas cosas. Me gusta escucharlo y después pensarlo, porque me va develando una manera local de concebir las relaciones. Estas relaciones de cuidado con las personas, con los animales, con el lugar, que implican afecto (Haber, 2011) y no necesariamente contemplan el intercambio monetario. Bajo esta lógica el turismo resulta inconcebible, ya que la mercantilización de lo conocido supone una desafectación del mundo de

relaciones. En términos locales el intercambio afectivo es necesario para la vida y no puede separarse de las relaciones entre los seres. Entonces me encuentro de frente con la violencia que implican los proyectos económicos que promueven concepciones foráneas de ser y de estar en el territorio. Estos proyectos sugieren que Juan puede sacar más provecho paseando a un grupo de turistas que buscando a su majada de cabras. Podemos pensar que los animales van a ser sacrificados en algún momento, vendidos y finalmente comidos. Eso conlleva un intercambio económico, implica incluso una transacción monetaria. Pero es la relación de afecto entre los animales y los humanos lo que marca la diferencia. Y el afecto incluye el cuidado. Cuidar desde el afecto es lo que está por encima de todo lo demás.



*Imagen 14: Tomando mate con Juan.
Fotografía de Carlos Nazar*

Pienso en volver a tomar mate con Juan, para seguir preguntando, escuchando y pensando, intentando comprender cuales son las necesidades, las urgencias, las soluciones que va encontrando.

Seguramente Juan seguirá recibiendo a visitantes perdidos, invitando mate y pan casero, tomándose el tiempo para conversar y compartir. Porque ayer fue él mismo, y quizás mañana sean sus sobrinxs quienes necesiten una mano mientras viajan en busca de su destino.

Conclusiones

En el camino que va a las cuevas con pinturas que se encuentran en el Parque Arqueológico La Tunita, está Santa Gertrudis. Allí, en las casas de las tejedoras de coyoyo, percibo los hilos con los que se teje la memoria colectiva, las diferentes experiencias de las sucesivas generaciones que van sedimentando en recuerdos. Ellas me ayudan a darme cuenta que hoy estamos porque otros estuvieron, y el presente se vuelve testimonio del pasado. Me enseñan que a través del intercambio interpersonal se aprende, y así unx se vuelve parte de la comunidad. Aprender, como sinónimo de crecer, nos permite volvernos tejedoras, confeccionando la urdimbre de tareas que hacen que la vida sea posible. Estamos aquí y ahora, atravesadxs por la totalidad de los tiempos transcurridos.

En Potrero De los Córdoba, cerca de Santa Gertrudis, tomando mate con lxs vecinxs, comprendo las contradicciones que se generan entre el agenciamiento local y la industria del turismo. Aquí priman las relaciones cargadas de afecto. Y la mercantilización, por el contrario, conlleva desafectación. La relacionalidad implica ser en la relación (Haber, 2011), ya que existimos a partir del vínculo con lxs otrxs seres y cosas del mundo. Si nos vinculamos afectivamente, desde el cuidado y el cariño, nos brindamos con generosidad y hospitalidad. ¿Cómo hacer entonces para que un visitante se vuelva un cliente? ¿Cómo sentir que sus necesidades son un posible negocio? ¿Y si fuéramos nosotrxs quienes estamos de visita, en algún lugar desconocido? Seguramente recibiríamos con gratitud el cuidado hospitalario de los habitantes de aquel sitio.

Vuelvo a pensar en las redes que contienen, que cuidan, que intentan alimentar, sostener y proteger a pesar de las amenazas, de la mercantilización de la vida encarnada hoy en los proyectos de extracción de litio, tan cerca de la huerta, de los corrales de animales, de las flores del jardín.

Referencias bibliográficas

Arnold, Denise, Yapita Juan de Dios y Espejo Elvira (2007). *Hilos sueltos: los Andes desde el textil*. ILCA. Plural editores.

Barabás, A. M. (2008). Cosmovisiones y etnoterritorialidad en las culturas indígenas de Oaxaca. *Antípoda* (7) p. 119-139.

Chiriboga Cisneros, Fernando E. y F. M. Mora Méndez (2017). Turismo agroecológico: Alternativa de desarrollo turístico sostenible en la zona rural de la provincia de Guayas. *INNOVA Research Journal*. 2, (5), p. 152-162. UIDE. Guayaquil.

Contreras, Ramón (2015). Antropología y campesinado. La persistencia de lo persistente. Reflexiones antropológicas en torno al internacionalismo campesino. *Cultura, Hombre y Sociedad* 25. p. 9-43.

De la Fuente, Nicolás (1979). Nuevos descubrimientos de arte rupestre en la región de Ancasti, Prov. de Catamarca. *Centro de estudios de Regiones Secas*.

Escobar, Arturo (2016). Sentipensar con la tierra. Las luchas territoriales y la dimensión ontológica de las Epistemologías del Sur. *Revista de Antropología Iberoamericana*. www.aibr.org. 11, (1), p. 11-32.

Fernández, Luciana (2022). Cuerpo territorio, entierro de placentas y ritos fundacionales. *Revista Cambios y Permanencias*. 13, (1), p. 219-233.

González, Rodrigo y Alejandro Mantecón (2014). Turismo y negocio inmobiliario: La crisis de un modelo de desarrollo. Tres estudios de caso de Canada, Argentina y España. *Estudios y Perspectivas en Turismo*. (23), p. 685-705.

Guber, Rosana (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. PAIDOS.

Haber, Alejandro F. (2011). Animismo, relacionalidad, vida: perspectivas post occidentales. En: D. Herno y L. Miotti (Eds.) *Biografías de paisajes y seres: visiones desde la arqueología sudamericana*. Encuentro Grupo Editor. Córdoba, Argentina. p. 75-98.

Haber, A. F. (2015). Arqueología indisciplina y descolonización del conocimiento. En: *Arqueología y decolonialidad*. Ediciones Del Signo. CABA. p. 123-166.

Illich, Ivan (1977). Después de la escuela ¿Qué? En: *Un mundo sin escuelas*. Editorial Nueva Imagen. México DF. p. 9-41.

Jurado Cazaux, Graciela y Adriana Zapata (2018). Polillas y tejidos de seda en bosques nativos de Argentina. *Revista de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. 5, (1). Universidad Nacional de Córdoba. p. 77-82.

Kriscautzky, Nestor y Elena Gómez (1984). Tecnología apropiada de origen precolombino. *Artesanías de América*, 17. p. 81-90.

Malinowsky, Bronislaw (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. PLANETA-AGOSTINI.

Nazar, Domingo Carlos (2003). *Parque Arqueológico La Tunita. Puesta en valor integral del arte rupestre de la vertiente oriental de la Sierra de Ancasti*. Tesis de maestría. Universidad Internacional de Andalucía.

Nazar, Domingo Carlos; Doulout, Luis Noel; Rodríguez, Martín Lucas (2013). Puesta en valor y manejo integral del patrimonio. La problemática socio ambiental del Parque Arqueológico La Tunita, Sierra de Ancasti (Catamarca, Argentina) *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*. Universidad Nacional de Jujuy 44, Jujuy, Argentina. p. 153-173.

Nazar, D.C.; de la Fuente, Guillermo y Lucas Gheco (2014). Entre cebiles, pinturas y cuevas. Una mirada a la estética antropomorfa del arte rupestre de la Tunita, Catamarca, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 19, (1), Santiago de Chile. p. 37-51.

Pazzarelli, Francisco (2013). Arnold Denise Y. Y Elvira Espejo. El textil tridimensional. La naturaleza del tejido como objeto y sujeto. *Journal de la Societé des americanistes*, 99, (2).